

IX.

De la tiranía democrática.—Su naturaleza.—Falsedades electorales.—Servilismo.

LOS males de la tiranía crecen á medida que se aumentan los tiranos ó son de peor calidad. Llamamos tiranía democrática, no la que ejerce el pueblo, porque el pueblo jamas ejerce la potestad sobre sí mismo; el pueblo no tiraniza al pueblo. La relacion de tirano y tiranizado, como la de verdugo y víctima, suponen la dualidad de personas. Y así como técnicamente se llama gobierno democrático, el que ejerce una muchedumbre electa popular é indistintamente, entre todos los individuos de una nacion, así técnicamente se llama tiranía democrática la que ejerce esa muchedumbre, que manda en nombre del pueblo, electa popularmente en cada nacion.

Cuando esa muchedumbre tiraniza, ora congregada en una asamblea, ora exparsida en los varios ramos y grados de la gerarquía civil, el número de tiranos aumenta tanto en número, cuanto baja en calidad. Muchos son los que tiranizan, porque no son pocos los que mandan: y ¿son las naciones tan abundantes de hombres de estado, de gobernantes

probos? . . . De ordinario la probidad, la sabiduría, la prudencia, la prevision y las buenas prendas del estadista, escasean en todos los estados: el mayor número es de gente ignorante, desarregrada, irreflexiva, inexperta. sin consejo, impropia para gobernar. ¿Quereis una demostracion? Poneos en cualquier punto de una ciudad pupulosa, donde se reuna lo mas selecto de todas las clases de una nacion: contad los que pasan: comparad unos con otros: enumerad los que son aptos para el gobierno y los que no lo son; los sábios y los ignorantes, los entendidos é inexpertos, los hábiles en la política, y los rudos é incapaces de saberla: y luego decid, ¿cual es el mayor número? Haced la misma prueba en todo el mundo. Donde quiera el vulgo comun y el vulgo literario, los ignorantes humildes y los ignorantes alucinados, forman la inmensa mayoria de los habitantes de un estado.

Siendo la tiranía el ejercicio arbitrario, injusto, violento é inhumano de la potestad civil, síguese que la tiranía es mas extensa y de peor calidad, cuando la pública autoridad está en mayor número de personas y las mas desarregladas. Y aumenta el número de los gobernantes desmoralizados, donde se encunbran á los asientos del gobierno muchos hombres, sin las prendas propias del estadista y del que ha de hacer florecer la justicia. Esto acaece cuando las intrigas y falsedades de una eleccion ó los caprichos apasionados de una revolucion cualquiera, elevan á la soberanía y á otros grados del gobierno, á gentes sin rectitud, sin ciencia, sin pericia y sin patriotismo. Consultando á la experiencia diaria del mundo, esto se

verifica en las naciones donde las gentes viles, los vulgos, y las heces de todas las clases y partidos se adunan para nombrar los gobernantes. Entónces es comun que las democracias sean corrompidas, con absurdas teorías y con abusos insensatos. Donde se tiene por voto nacional el complot de algunos favoritos codiciosos y rapaces, donde figura con los honores del pueblo la escoria de la plebe, donde los vicios y malas pasiones son los resortes eficaces para formar la opinion y dirigir los negocios del estado, no hay democracia; y lo que así se llama es una multitud de falsarios políticos, coludidos para medrar y para ejercer el despotismo y la tiranía sobre sus ciudadanos.

No es esto condenar en su esencia la forma democrática: es la demostracion clara de que la tiranía que se organiza en sistema democrático, es la peor para los pueblos.

Cuando es uno el tirano hay personas y cosas á que no alcanzan sus perjuicios. Si tiraniza con las leyes, no sufren los que la ley no comprende: si sus agentes se desmandan, hay objetos, lugares y personas á que no llegan ellos: si se propasa en contra de una clase, las otras no sufren, al menos por entónces.

Cuando los tiranos son pocos y forman una oligarquia, su iniquidad se extiende mas; pero no lo comprende todo. Mas ¿cuál asunto, qué poblacion, qué persona ó cuál derecho se eximen de la accion de una tiranía extendida por todas las poblaciones, que se ocupa en todos los asuntos, desde los mas sagrados hasta los mas profanos, que atropella todas las personas desde las mas ve-

nerables hasta las mas punibles; que ataca todos los derechos, de la persona y de la propiedad, de la palabra y de la conciencia, de la familia y de la corporacion, de la Iglesia y del Estado? Cuando la tiranía como una atmósfera infestada penetra á lo mas íntimo del santuario y del hogar doméstico, solo la expatriacion puede preaver de sus estragos á las víctimas.

La demagogia irreligiosa es la tiranía democrática: los que la sienten ó han sentido, comprenderán la exactitud de nuestras observaciones. Los que bajo su inevitable, brusco y extenso imperio perdieron su fortuna, su seguridad, su reposo, y hasta el honor de su familia ó el ejercicio libre de su culto, conocerán que no estamos turbados por la pasion política, ni nos alusinan extrañas teorías: conocerán que la demagogia divide á sus adictos en dos grandes clases, en tiranos y serviles, ó en oprimidos y opresores.

Notadlo bien: en la demagogia abundan en proporcion los tiranos y los serviles, como dos cosas recíproca y esencialmente necesarias. Sin tiranos no habria serviles, y sin éstos aquellos no pudieran tiranizar. Si el tirano manda con arbitrariedad, injusticia, violencia é inhumanidad, el servil obedece y ejecuta de buen grado y hasta con empeño esos preceptos arbitrarios, injustos, violentos é inhumanos. La obediencia es una virtud mientras no pugna con la justicia, alma de todas las virtudes: la obediencia obliga eu cuanto no ofende á la moral. Mandar con iniquidad es tiranía; obedecer la iniquidad es servilismo. Como nadie tiene derecho de mandar una injusticia, nadie tiene obligacion de obedecerla. Es necesario

ser un malvado para ejercer tiránicamente la autoridad; y para ser su agente, es preciso ser vilmente inmoral. ¿Y qué dirémos si el tirano compele con su fuerza á dar ó hacer lo que inicua-mente manda? ¿será servilismo? No: entónces la iniquidad es suya y no del que obedece: uno recibe, pero no manda la injusticia: la sufre, pero no es su colaborador, su agente, su instrumento: es su víctima, no su ejecutor. El servilismo supone la obediencia voluntaria, la cooperacion libre en la accion tiránica. ¿El tirano manda la expoliacion, el sacrilegio, el ultrage, la impiedad y el homicidio? Alguno lo ejecutará; y ¿quién? aquella persona baja, de sentimientos ruines, de corazon corrompido, sin dignidad propia, y que se degrada y embajece suficientemente para hacerse el ciego instrumento de ajenas y vergonzosas pasiones: esta persona es un *servil*, porque á guiza de los *siervos* ó esclavos, hace cuanto le mandan sus señores.

¿Y habeis meditado bien la vida de la demagogia ó tiranía democrática? ¿Habeis reparado en esa turba vil de serviles, que se prestan á ejecutar todos los caprichos, venganzas, violencias, desportes, furors, é iniquidades de los que tiranizan á nombre de los pueblos y de la libertad? observadles: pensad en sus antecedentes, en los motivos y en los fines de su infame cooperacion en el tiranizar. De ordinario es gente valadí, de origen vulgar ó vergozoso, de educacion despreciada ó pervertida, de sentimientos mezquinos, de pasiones rastreras: hallaránse tal vez, como excepcion, aquellos pródigos de nobles y decentes familias, que se abandonaron por vicios bruta-

les, á la vida sucia, grosera y afrentosa de la gente baja y perdida: he aquí los buenos modelos del servilismo.

¿Qué les mueve á coadyuvar en las empreassas de los tiranos? Son varios los motivos. Su misma bajeza les inclina á la degradacion: su inmoralidad les produce un cierto desabrimiento de las buenas acciones: su abyeccion y soberbia les inspira cierta envidia y rencor con la gente honrada, y son peores en eso los apóstatas de la moral, del honor, de la escogida sociedad. La iniquidad es expansiva y tiene gusto en las acciones depravadas; por eso los malvados vulgares son agentes y cooperadores naturales y eficaces en las tiranías de los grandes y elevados perversos. Las almas pervertidas pierden el gusto de los bienes morales, y se apegan á los materiales que son propios para el fomento y saciedad de sus vicios; y por eso en el desarrollo de un sistema tiránico cualquiera, los serviles, como los mismos tiranos, se lanzan sobre los bienes ajenos, sean públicos ó privados, para arrebatarlos, enriquecerse con ellos, y proveerse de todos los medios de multiplicar los goces reprobados. La iniquidad de la voluntad, la ruindad de los pensamientos, la codicia de las riquezas, y las costumbres estragadas, son los puntos de contacto, los vínculos de union entre la tiranía y el servilismo.

Empero estos dos enemigos de la sociedad jamas viven inconformes. Discrepan cuando el servilismo se aventaja en desafueros á la tiranía, porque la reagrava con circunstancias mas mezquinas, odiosas, y ultrajantes. ¿Cuántas veces la historia y la experiencia nos enseñan que los

agentes de la tiranía se propasan en los preceptos de ella? Un tirano decreta la confiscacion de las heredades, la expulsion de una clase de la sociedad; y los serviles agentes suyos arrebatan hasta los muebles preciosos, y se exceden hasta golpear ó herir á los expulsos. El servil es un esclavo infame y voluntario del tirano; pero es un tirano mas perverso, bajo, mezquino y brusco para los pueblos: es la tiranía, la infamia, la bajeza, la prostitucion elevadas á su segunda ó tercera potencia.

Tan natural y estrechamente unidos viven el servilismo y la tiranía, como son el mando y la obediencia, los gobernantes y los gobernados: son aquellos correlativos para el mal, como éstos para el bien. Así se necesita la obediencia para el buen gobierno, como el servilismo para la tiranía. Sin mandar y obedecer en justicia, no es posible un régimen justiciero, un verdadero gobierno: y la tiranía engendra el servilismo, que á su vez mantiene y multiplica la tiranía. Tiranos y serviles abundan donde se aumentan los que mandan y los que ejecutan la iniquidad: y como es de la naturaleza de la democracia la muchedumbre de los que ejercen el poder, es tambien de la esencia de una democracia falsa, inmoral y degenerada, que sean muchos los tiranos y los serviles, por lo cual esta tiranía es la mas extensa, mas vulgar, mas ruin, mas sin razon, mas grosera, y mas arraigada.

XI.

Las tres formas de gobierno.—Diversos juicios de sus respectivos adictos.—El mal social no está en las formas.

DESDE siglos muy remotos se ha disputado cuál de las tres formas puras ó primitivas de gobierno es la mejor para el buen régimen de una nacion. De siglo en siglo y de estado en estado se ha removido la misma cuestion: cada una tiene sus partidarios entusiastas y sus enemigos fanáticos é irreconciliables. Los unos quieren fincar en la monarquía, en la aristocracia, ó en la democracia la suma de todos los bienes sociales; los otros miran en cada una de ellas las fuentes de todos los males públicos: cada uno saca de la historia las pruebas ó los ejemplos de su opinion.

No es de nuestro objeto examinar y resolver esta cuestion, siempre antigua y siempre nueva, ni nos compete analizar los argumentos de cada partido. Solo harémos una observacion que conduce á nuestro designio: rara vez se ha planteado con buen criterio la cuestion meramente política de la preferencia en los sistemas de gobierno: casi siempre se han cruzado en ella tantos sofismas como argumentos.

Preguntad á un demócrata, qué reprueba en la monarquía: Detesto la monarquía, dirá, porque es el sistema natural del despotismo: es el arraigo de la arbitrariedad: es la impunidad de la injusticia. Un rey no es mas que un hombre, diferente de los demas solo por el orgullo que le infunden su educacion faustosa y lisonjeada, y la seguridad de que ha de señorear á los demas, como árbitro absoluto de sus personas y de sus bienes. Es contra toda razon que un hombre, como todos los hombres, tenga el privilegio de someter á los millones que forman un estado, por mas capaces y ameritados, que sean, á sus preceptos, á sus opiniones, á sus caprichos, y aun á sus vicios. ¿Aprueba la justicia que así se altere el órden moral de la sociedad, y que este desórden mantenido en daño de ella, y con provecho de una familia reinante, se perpetúe cuanto dure una dinastía? ¿Es racional concretar el gobierno de generacion en generacion en una familia privilegiada, cuyo patrimonio es su misma nacion? . . . Estos y semejantes argumentos opone la demagogia contra la monarquía. ¿Notais el paralogismo que entraña? Se pinta el abuso, para reprobar el uso: se miran las miserias del hombre, para no reparar en las seguridades de la institucion: se supone la monarquía degenerada, para explicar su naturaleza: se olvida que la educacion y el honor hacen raros esos tipos de la monarquía, y no se entresacan de la historia los lucidos modelos monárquicos, que ofrece la vida de los gobiernos, sino los horribles caracteres de los malos monarcas gentiles ó heterodoxos.

Así se juzga con pasion la aristocracia. Es

injusto reducir, dicen algunos, el ejercicio del poder á unas clases, á unos pocos hombres, á quienes favoreció la fortuna, dejando bajo su imperio á la mayoría de la nacion. Los aristócratas, sin tener la responsabilidad individual de los monarcas, tienen su fausto, su soberbia, su vida regalada y mas menosprecio de las clases medias y pobres. Adunados en interes, conducta, y miras los aristócratas, cargan el peso de su poder sobre el pueblo desvalido. Son para el gobierno un estorbo, y para el pueblo una carga; se miran como una casta separada y sagrada, y ven al pueblo como su inmensa servidumbre.

Esto es igualmente argüir con los abusos; vicio lógico muy comun en gente del vulgo literario.

Graves son los puntos de acusacion contra la democracia. Recógense todos aquellos negros y espantosos cuadros para retratar en una formidable galeria la vida de los gobiernos populares. Se registran en la historia aquellos períodos memorables, en que las pasiones y los errores desenfrenados han repasado las sociedades, llenándolas de amargura, de discordias, de ruinas, de duelo y de ignorancia; y se ha dicho: he aquí la obra de la democracia. Esas turbas ebrias de insensatez y de crimen; esas legiones de empíricos presuntuosos que legislan y mandan, pero jamas gobiernan; ese prurito de innovacion; ese ahinco irracional de realizar las utopías mas fantásticas y nocivas; son la democracia en accion, son los frutos de los gobiernos populares. . . . ¿Es lógica esa calificacion? La demagogia no es la democracia legítima, que la ciencia reco-

noce: es la falsa democracia del racionalismo, es la insensata deificación del hombre, que una política anticristiana y cuasi atea ha difundido por el mundo, como una fiebre pútrida, que corrompe los mejores elementos de la sociedad.

Los padecimientos públicos enjendran cierta preocupacion contra las instituciones que los causan ó que coinciden con ellos. ¿Padecen los hombres bajo los excesos de la monarquía? ¿Recienten de ella todos los excesos del poder y de su inmoralidad? ¿Las personas y bienes son atacados por la pasión ó el odio de un dictador como Cronwel ó de un rey como Enrique ó Eduardo de Inglaterra? Oh! Los oprimidos entonces tienen cierta simpatía por las instituciones democráticas: páreces entonces que seria mejor el gobierno electivo que el dinástico; que convendria mas vivir bajo la autoridad de una asamblea, en que se discutan y remiren las leyes, y se cuiden los derechos del pueblo, que no depender del simple querer de un hombre solo ó de sus pocos favoritos, á quienes el interes ó la pasión puede tan fácilmente enconar en contra nuestra.

Viceversa, cuando los atentados brutales é insensatos de la demagogia, subvierten el orden social, y así ultrajan la moral, como arrebatan la propiedad; que tanto altera los principios políticos cuanto los intereses públicos; que igualmente atropella las cosas y personas del santuario, como los vínculos naturales y el honor de las familias; y que como una plaga derrama sus estragos en los campos y poblados, trocando en daño de la sociedad las leyes, el poder, la fuerza y cuanto mas hay para su proteccion;

la gente recta y desapasionada, se siente como ahogada en un piélago de violencias é iniquidades. . . . ¡Qué horror inspiran entónces á los corazones rectos las instituciones populares! ¡Qué hastío causan entónces en los entendimientos sanos hasta los nombres mismos de libertad, de pueblo, de progreso, de ilustracion! . . . Nada es mas eficaz para infundir odio y horror á la democracia, que los falsos demócratas; esto es, aquellos miserables discolos, que piensan ser republicanos y demócratas, porque son impíos y demagogos, osados y revoltosos. . . . Cuando tal gente oprime á un pueblo generoso, ¡qué simpáticos parecen los ilustres monarcas que dieron esplendor y libertad á sus naciones! ¡Qué tolerables parecen aun los dictadores militares ó los reyes que se tuvieron ó tienen por arbitrarios!

Sí: los abusos de un sistema infunden el afecto al sistema contrario. Por eso la historia nos refiere esa alternativa en que han vivido las naciones, que han abandonado la fé católica y la sana política, que en ella se funda. Por eso desde la antigüedad vemos en los estados las luchas por sistemas políticos. Los monarquistas dan en rostro á los demócratas con los crímenes sistemados, legalizados y aun obligatorios de la demagogia: los demagogos reúnen en un cuadro y con mas abultados tamaños, que cubran sus excesos, los desportes de los monarcas y dictadores. . . . En esto hay mas prevención que discernimiento, mas enojo que criterio.

No tenemos pasión por ningun sistema político, aunque nos inclinamos á los gobiernos mixtos. Comprendemos los inconvenientes y ventajas de

todos. Ni nos espantamos con los reyes, ni nos halagamos con las asambleas populares: ni tenemos las preocupaciones del partidario, ni las mezquinas pasiones del egoísta. Hemos visto en la historia los bienes sociales bajo todos los sistemas gubernativos, y en todos hemos mirado también las calamidades públicas: hemos visto monarquías libres y prósperas, y repúblicas tiranas y destructoras. Solo una cosa no hemos visto jamás, y creemos no verla nunca, á saber: un pueblo católico en sus doctrinas, en sus costumbres, en sus tradiciones, en sus establecimientos, en sus leyes, en su administración, que haya sufrido ni que sufra la tiranía. Ni esperamos ver tampoco un pueblo libre, pacífico, industrioso, rico, por efecto de la incredulidad, del ateísmo, de la indiferencia religiosa. Tenemos profunda fé en esta sentencia de Dios Espíritu Santo: la justicia engrandece á una nación; mas la inmoralidad ha hecho miserables á los pueblos. (1)

No acostumbramos encubrir nuestras opiniones, ni tenemos vergüenza ó miedo de escribir lo que pensamos con sinceridad, ni nos afrenta abogar en caso dado por la causa magnífica de la verdad religiosa y política. No tememos decirlo sin rodeos: los grandes males presentes de la sociedad, no están en los sistemas políticos, ni se curan con cambios de gobierno. Conservad en los gobiernos y en la legislación, la esencia de las malas doctrinas y variad la forma. Con esto no hareis mas que mudar la forma del mal, no hareis mas que sujetaros á mas ó menos gobernantes malos que os per-

(1) Prov. c. XIV. v 34.

Judiquen. Verdad es que aun en el mal no dañan igualmente todos los métodos, y que en la tiranía la forma democrática es la mas molesta y arraigada; pero el pasar á la monarquía no es quitar la iniquidad y el despotismo. Si la impiedad calina los ánimos, así os atormentará el cetro real como el baston democrático. Trabajad en disipar los errores religiosos que difunden la tiranía, y cuidaos poco de las formas con que sea ejercida la autoridad civil. Todas son buenas, si son justas y adecuadas al carácter de la nación á que se aplican. Esta es la doctrina de los moralistas y publicistas católicos.